

RECORDANDO A DON FRANCISCO GINER

Las consideraciones, que con la brevedad que el programa y el momento requieren, van a ocuparnos esta tarde—noche, tratando de la personalidad del prócer rondeño Francisco Giner de los Ríos, responden, como es sabido, a la publicación de un reciente libro mío, publicación que tuvieron la gentileza de patrocinar al unísono el Excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad y la Universidad de Granada.

Se trata de un trabajo, que ha visto la luz con indudable modestia, pero con la ilusión que conlleva el haber estado afanado una temporada inmerso en las peripecias y avatares de uno de las más fecundas personalidades de la vida española de los tiempos modernos. Y se trata, claro está, de un trabajo, que tiene, como cualquier proyecto de investigación, además del cúmulo de raíces esotéricas que concurren irremediabilmente en toda obra creativa, unos fundamentos claros y visibles.

Así y con un carácter decisivo, tenemos el hecho, no desde luego singular, ni siquiera concretamente referido a una época, de que las circunstancias de un momento; en este caso, una guerra, seguida, como ocurre siempre, de la turbación consiguiente y duradera, propician que la historia llegue a marginar a personas cuya inteligencia, cuya labor, cuya dedicación a unas ideas y a una obra, fueron de todo punto rentables para la humanidad.

Tenemos la evidencia incuestionable de que esto había ocurrido con unos rondeños egregios, honorables, esforzados, brillantes y que, por lo tanto, no merecían quedar ningunados en la historia, ni en la de su patria chica, ni en la historia general del país. Y citemos como casos más flagrantes, para añadir a la nómina de esta dolorosa postergación, a Fernando de los Ríos, cuya trayectoria vital y sus logros políticos y sociales, se encuentran, por fortuna, en vías de clarificación y recuperación, o a Joaquín Peinado, de cuya categoría artística un hermoso museo, creado por Unicaja en Ronda está dando valioso testimonio ya, como podríamos citar a Manuel Troyano, nacido en 1843, diputado, senador, con una importantísima labor periodística a nivel nacional a sus espaldas, siendo redactor del Imparcial, y el Globo y fundador del diario España. Como, sin duda, podríamos destacar a otros verdaderamente relevantes.

Y, en estos casos estamos hablando de personajes encuadrados en lo que se viene considerando la izquierda, o sea,

el lado del progresismo liberal del espectro político; claro está, que no siempre ha ocurrido así en los vaivenes de la historia. Así, una vez es la izquierda la que toma la vía del destierro y otras es la derecha la que entra en el patético camino de la marginación.

En cierto modo, sin que mediara un éxodo físico ni la exacta concurrencia cronológica de un trastorno bélico --el maestro había fallecido en el año 1915-- mas con resultados penosamente idénticos, se había encontrado la tesitura de Francisco Giner con una ingente obra auestas, cuyo pecado, cuyo “sanbenito” había sido el de haber librado por años, por décadas, una dura y larga batalla --sobre todo, vinculada al campo de la educación y de la enseñanza-- lidiando, con esforzadas armas y bagajes dentro de la inercia tradicional de un país; un país, el nuestro, anclado, entonces, en unas estructuras caducas que clamaban por reformas en profundidad, pero, reformas que, al final, venían a revolverse fieramente contra los reformadores. En este caso, contra Giner y su Institución Libre de Enseñanza cuya culpa –si culpa existió- fue la de adelantarse en planteamientos y en rectificaciones a su tiempo; sabemos, eso sí, que con harta decisión y valentía.

Porque, en realidad, la historia de los que Gómez Molleda llama tan propiamente “Los reformadores de la España contemporánea”, es la historia de un puñado de cruxificaciones. Y entre estas injustas cruxificaciones estaba como soberanamente

destacada la del eximio rondeño; estaba la lapidación sin paliativos de Giner.

El libro, que dice pocas cosas nuevas, bien que insiste en el realce de la personalidad, del que fue maestros de maestros, de muchos maestros, de sus ambiciones y realizaciones; sobre todo, trata de desvelar las claves de sus doctrinas, siempre enraizadas en el trabajo constante, en el estudio de todo y de todos, siempre dentro de una honradez, probidad y rectitud a prueba de bomba.

Y también quisiera añadir a lo dicho un párrafo de Palacio Atard sobre el rondeño, cuando escribía: “Pero no sólo educaba almas por dentro, sino que el temple humano de su educación había de revelarse en las buenas maneras, los modales cuidados, “el aseo, la compostura exterior en la voz, el ademán y el gesto”. Todo esto –seguía Atard--necesario para acabar con los malos hábitos del pueblo español, un pueblo del que se decía también que “apenas come, se lava menos y no se suele bañar sino algún que otro verano”..

En verdad confieso, que no quisiera centrarme excesivamente en el contenido del libro al que necesariamente van a referirse estas deshilvanadas divagaciones, libro que ha visto ya la luz con el conocido título de “Francisco Giner de los Ríos, Fundador de la Institución Libre de Enseñanza”. Porque, sin duda, el trabajo está ahí, en plena lucha que se diría, y como toda criatura, no solamente tiene el derecho sino la obligación de buscarse la vida, es decir de defenderse, de tomar posturas, sin

que su autor tenga ni el propósito ni la consigna de estar en todo momento, sirviéndole de parachoques; es decir, ni en este momento, ni en ningún momento de su devenir, que esperamos no sea sino estimulador y, sobre todo, clarificador.

Una vez dicho esto me gustaría preludiar esta charla con una frase tomada de Eugenio D'Ors, como es sabido, uno de los más destacados miembros de la Institución Libre de Enseñanza, una frase que puede enlazar con absoluta congruencia con los predicamentos exigibles por Giner según la frase de Atard. “el aseo, la compostura exterior, la voz, el ademán y el gesto” y que surgía en el programa educativo del maestro tal que una noble declaración de intenciones, algo así como el propósito programático de un proyecto de existencia, de un estilo de vivir, tan ético como estético: la frase de D'Ors en cuestión era: “hacer de la vida como una aristocracia de la conducta”.

Sin duda, cuando don Eugenio proclamaba esta teoría de la existencia, de la existencia aceptada como una nueva nobleza, no estaba sino poniendo en circulación la conjetura excelsa de una forma de encarar la vida que para él había tenido un referente, en el que había mamado con harto provecho desde la niñez en las enseñanzas, normas y ambiente cuasi mágico de la Institución Libre: una conjetura que emanaba de una materia corpórea, ejerciendo de testigo ejemplar; de un espejo fidedigno en el que mirarse: claro que nos estamos refiriendo a la figura

pequeña, pero vigorosa y absorbente de don Francisco Giner de los Ríos.

Giner había nacido en Ronda el ocho de diciembre del año 1859. Al decir de su sobrino político Fernando de los Ríos, allí “había heredado su complexión de montañés, de no demasiada estatura y la fina ironía de su tierra serrana, quebrada y magnificente” pero también nacía —el tiempo lo pondría en evidencia más adelante— marcado por el compromiso que la ciudad tenía secularmente con la historia, insistimos, con la historia no meramente local, por otro lado también importante, sino con la historia grande, la Historia con mayúsculas.

Porque ocurría así; en el ritmo vital de aquel soberbio enclave, aquel emplazamiento monumental, enhiesto, abrupto, altivo y heroico; cantado y ensalzado por un cúmulo de civilizaciones y culturas, estaba como sellado un pacto milenario con la efemérides periódica, porque en los anales, en las enciclopedias, aparecían unos nombres, unos hombres providenciales, surgiendo con un ritmo extraño pero exacto, emergiendo con una cadencia precisa, como si la historia y la ciudad, **Ronda**, tuviesen una alianza inquebrantable para dejar constancia, en cada lapso de tiempo prefijado de determinados personajes que le diesen lustre.

Pero en esta circunstancia, es preciso tratar de hilar fino---a lo mejor con exceso, para no caer en una exageración, al fijar la nómina de las celebridades rondeñas—y, preferible

quedarnos cortos, dejando al margen de la memoria a individualidades señeras hoy semi olvidadas y en muchos casos merecedoras también de la inclusión en el grupo de la élite famosa.

Una vez esto dicho, citemos a esa cohorte de rondeños, esa nómina de manual a la que hay que aludir en todos los sectores de la cultura, a ese relevante escuadrón de prohombres, que están ahí, incrementándose, viniendo desde la proyección de los siglos; surgiendo, como es notorio, con periodicidad implacable desde donde tenemos conciencia histórica y documental. Y hagámoslo, claro está, con la concisión y la brevedad que esta charla exige. Veamos.

En el periodo rondeño hispano—árabe, estarían con sus nombres y sus hazañas al menos tres personajes:

En el siglo IX, Abu-l- Qasim abas ben Firnas, inventor, físico, matemático, poeta, con una espléndida estatua en el camino del aeropuerto iraquí de Bagdad, estatua que se yergue proyectando su vigorosa imagen desde el corazón del mundo árabe, testificando que seis siglos antes que Leonardo da Vinci diseñara sus sueños aeronáuticos, él, ben Firnas, se había lanzado, tal que pájaro humano, desde la colina de la Arruzafa cordobesa y conseguido volar. Era un rondeño, el que, que sepamos, había volado por primera vez en la historia.

En el siglo X- otro rondeño, natural de la alquería de Auta —la actual, próxima Parauta--, Omar ben Hafsun,

revolucionaba los estamentos sociales de al-Andalus, proclamando las injusticias del califato, levantando la bandera de la rebelión armada y luchando, sucesivamente, sin ser jamás vencido, contra tres poderosos emires, Abderramán II, Muhammad, y Almondir. Este último perdía la fama y la vida luchando en el año 888 ante las murallas de su fortaleza inexpugnable de Bobastro Era un otro rondeño.

En el siglo XIII existe en el contexto del reino nazarí otro rondeño, prócer de la saga serrana de los Alhaquín, perteneciente al linaje de los Banu l-Hakín --Torre Alhaquime, ese pueblo blanco, en la llamada “ruta de los pueblos blancos” vecinos de la comarca, es una muestra del poderío familiar-- pero lo era más en Granada y en su reino, donde ibn Alhaquín (el Sabio, que significa), nacido en 1261, se había convertido en el gran Visir de Muhammad III y con ello en el valido supremo, el que hacía y deshacía en la ciudad y en el poderoso ámbito del último reinado del Islám hispano.

Abul L.Baka, conocido vulgarmente por Abul-Beka, uno de los poetas arábigo-andaluces que goza de más celebridad en el universo islámico y uno de los más conocidos también en España, y que figura en casi todas las historias de nuestra literatura junto a otro gran poeta: Jorge Manrique. Su fama se debe fundamentalmente a una larga e inspirada elegía por la caída en manos cristianas de algunas ciudades de Al-Andalus. La tradujo Juan Valera en la misma estructura métrica, en pie

quebrado, de “Las coplas a la muerte del maestro don Rodrigo”. Este hecho ha sido la causa determinante de la difusión de dicho poema y del nombre de su autor, Abu l-Baqa al-Rundi. Es otro rondeño.

Y llega la época en que la lucha entre españoles mahometanos y españoles cristianos se decanta por las banderas de Isabel y Fernando. Cuando se descubre América, la gesta geográfica conocida más importante de todos los tiempos, es el año de gracia de 1492 y, por tanto, no puede existir un rondeño con edad de marino descubridor, pero viene la trampa, la estratagema histórica; y aparece un vecino, de la otrora Iznarunda, ya un ciudadano de adopción, no de los que se hicieron con la merced de tierras regaladas y se fueron, sino de los que se afincaron tras la conquista en 1485 en el enclave serrano y lo vivían, y lo hacían producir.

Es el llamado, Rodrigo Sánchez de Segovia; va en la nao capitana de la expedición memorable, va en calidad de veedor, un notario de la época nombrado por documento real -- no es del momento ampliar datos, todo se andará-- hoy, seamos sucintos porque nuestro tema central no es éste; Rodrigo protagoniza una anécdota de singular relieve en el viaje, y que pudo llegar a más; Colón en la noche del 11 de octubre del increíble periplo, cuando la tripulación echa ascuas, por la incertidumbre de lo que se busca, cuando en la Santa María, se plantea la opción airada de lanzar al genovés por la borda y

volverse, cuando todo está en el aire por ausencia de tierra a la vista, dice haberla visto: --Que se llame al veedor—ordena entonces don Cristobal. El veedor viene y dice rotundamente que no, que no hay tierra que valga. Para el rondeño ya no habrá más viajes de notario real, pero Rodrigo no ve tierra.y lo dice. Y lo dice porque ya tiene el compromiso con la ciudad de cumplir con una hombría de bien que va a ser uno de los distintivos del rondeño. Otro personaje. Este del siglo XV.

También, de este capítulo enorme de la aparición de América en la cartografía mundial, tenemos unos datos sobradamente expresivos. De un escrito de Juan Pérez de Guzmán, al hilo del cuarto centenario del Descubrimiento, transcribimos una nota bien elocuente. Dice:

“Hijos ilustres de Ronda ennoblecieron el recuerdo de su patria en el nuevo mundo desde los primeros tiempos del descubrimiento y colonización, ya con las empresas que acometieron, ya con la alta representación que allí alcanzaron.

Un rondeño ilustre, Don Gutierre de Ovalle, fue el fundador en 1562 de la ciudad de Nuestra Señora de la Palma de Ronda en la provincia de Tolima, del antiguo Nuevo Reino de Granada, actual República de Colombia. De este mismo reino fue consagrado por Felipe II, arzobispo D. Bartolomé Lobo y Guerrero, que entró en Santa Fé de Bogota el 28 de marzo de 1599. Luego fue trasladado a Lima del Perú, donde en su calidad de arzobispo, entró en 1622.

Del heroico soldado de Ronda, Martín de Elvira, pondera el valor don Alonso de Ercilla en los cantos inmortales en que describió las guerras sangrientas de los españoles con los indígenas del valle de Arauco en Chile. Estamos hablando del inmortal poema, intitulado “La Araucana”.

Nicaragua –sigue el historiador-- tiene en el número de sus diocesanos al obispo rondeño Fray Juan de Bustos; y uno de los Ahumadas, el general Don Agustín Ahumada y Villalón, marqués de las Amarillas, fue en 1755 virrey de México; habiendo sido celebrado su arribo a Nueva España con grandes fiestas en la ciudad de los Moctezumas y en la de los Angeles, con versos y solemnidades cuya descripción tengo.

Estos recuerdos y sobre todo el del poblador Gutierre de Ovalle en Colombia son dignos de ser reseñados en esta ocasión, sacándolos del olvido del tiempo y de la historia.”

Pero ya está asomando por el horizonte histórico, ciertamente para cumplir con el pacto secular y singular, otra figura rutilante: ahí tenemos a Vicente Espinel; músico, inventor de la quinta cuerda de la guitarra; poeta latino de enorme relieve en su tiempo, amigo de Cervantes y maestro de Lope de Vega; escritor, autor de una de las obras importantes de la Picaresca “Vida del Escudero Marcos de Obregón”. Hay en nuestra literatura clásica citas como la de aquel personaje que alardeaba en público, como prueba de su importancia social, la de haber

“comido más de una vez con Espinel”. Aquí está el rondeño del siglo XVI.

A caballo entre los siglos XVII y XVIII, nos encontramos con la figura de Fernando de Valenzuela, de una familia rondeña cuya casa señorial alberga ahora el actual Museo Municipal, o sea la llamada Casa de Mondragón, este hermoso palacio en el que hoy, en este momento, estamos hablando de rondeños; de rondeños beneméritos y célebres.

Fernando, valido de Carlos II, en cuya corte es conocido como “el duende de palacio”; llegó a ser Primer Ministro del rey y caballero mayor de la reina madre, marqués de Villasierra, introductor de embajadores; a la vez que embajador él en Venecia, Superintendente de las reales obras de Palacio, Juez conservador del consejo de Italia en Nápoles, Sicilia y estados de Milán, general de las costas del reino de Granada y Grande de España.

Y saltemos al entrañable universo taurino, donde los rondeños han sido igualmente protagonistas en todo el sentido de la palabra.

Hablamos del señor Pedro Romero, el nieto de Francisco Romero a quien se le atribuye la invención de la muleta para lidiar toros; hijo de Juan, émulo de Costillares, hermano de otro gran espada, José Romero y de Gaspar y Antonio, también toreros y ambos muertos en la plaza: el primero en la plaza de Salamanca; el segundo, en la de Granada.

Pedro Romero está considerado como el alumbrador del toreo moderno, el que saca la profesión del anonimato de un oficio irrelevante -- porque, hasta él, la figura señera de la Fiesta era el caballero de a caballo-- y con su saber hacer, saber ser, su valor y hombría de bien, alcanza a codearse con la aristocracia y llegar a ser amigo de Francisco de Goya, que lo plasma con sus pinceles. Don Pedro es la clave que sitúa la fiesta taurina en un puesto privilegiado de la sociedad de su tiempo. Era, pues, el rondeño, del siglo XVIII.

Del toreo a la política. Antonio de los Ríos Rosas, tío carnal de don Francisco Giner. Dos veces ministro de la Gobernación, en 1850 y en 1856; presidente del Consejo de Estado durante el periodo que siguió al pronunciamiento de 1868, Embajador brillante y fructífero en el Vaticano. Fundó en 1842 el diario El Sol, que pervivió hasta el año trágico de 1936.

Fue uno de los grandes oradores de aquella época tan fulgurante del parlamentarismo español. Quizás el más memorable de sus discursos fuera el que pronunció después del famoso episodio conocido como de "la noche de San Daniel" en abril de 1865; el gobierno de Narváez había quitado la cátedra a don Emilio Castelar y, al día siguiente, los estudiantes alborotados se amotinaron en Madrid. En los enfrentamientos con la policía murieron algunos de los manifestantes y hubo numerosos heridos. Ríos Rosas interpeló al gobierno en un discurso en el que llamó "miserables" a los ministros supuestamente responsables de la

matanza. Por cierto, uno de ellos, Alcalá Galiano, entonces titular de la cartera de Fomento, y responsable por tanto de la Instrucción Pública, murió de repente aquella misma noche.

En este discurso, “llamado de los Miserables”, don Antonio empleó a fondo su fuerza y capacidad oratoria combatiendo al gobierno. Y cuando el presidente le pidió que retirara esa palabra, “miserables”, alegando que hería el decoro de la Cámara,. Ríos Rosas replicó: “no la retiraré, señor presidente. Y si no hubiera salido de mis labios pediría que se esculpiera en piedra”. Estamos ante el más importante prohombre rondeño del siglo XIX. Don Antonio murió cargado de honores y en la más absoluta pobreza.

Rico y Amat, escribía en el “Libro de los Diputados y Senadores”: “para que el diputado por Ronda inclinara su cabeza ante una injusticia, ante una ilegalidad, ante un error, hubiera sido preciso cortársela”.

Otro de los prohombres aludidos, sería, el citado Juan Pérez de Guzmán y Gallo. Nacido en 1841 y muerto en 1928. Polígrafo, destacado crítico literario y periodista que perteneció a las redacciones del rotativo madrileño “El Reino” y a las de “La Epoca”, una de las publicaciones más importantes de la capital. Desde sus páginas influyó en la alta política colaborando en una docena de rotativos de primera fila. Fundador de periódicos, creó en Ronda, escribió y dirigió la publicación de

mayor calidad literaria de la historia del periodismo local: “El Órgano de Móstoles”

Poeta, escritor relevante, sobre todo de temas históricos, es autor de cerca de un centenar de publicaciones, destacando una monumental obra, largamente premiada, sobre el heroico Dos de mayo de 1808 en Madrid.

Fernando de los Ríos Urruti, nacido en Ronda en 1879 y fallecido en Nueva York en 1949, catedrático de Derecho Político en la Universidad de Granada, profesor en la Institución Libre de Enseñanza, Rector de la Universidad de Madrid.

Durante la Segunda República, fue sucesivamente ministro de Justicia, de Estado y de Instrucción Pública; en el período que ejerció este ministerio se crearon más escuelas que en toda la historia de España; datos estadísticos muy actuales fijan una cifra alrededor de las 10.000. Destacado socialista, fue colaborador del diario “El Sol” y la revista “España” y un relevante escritor de temas políticos. Es autor del célebre libro “Mi viaje a la Rusia soviética”, y alcanzó el grado de Gran Maestro de la masonería.

Y otra vez el salto a la tauromaquia en la que la ciudad resulta paradigmática, porque tenemos la figura tan reciente, tan cálida, tan universal de Antonio Ordóñez Araujo, considerado por la crítica como el mejor diestro de la larga historia del toreo. Su figura está ahí todavía, presente, palpitante y cercana.

Con este panteón de hombres ilustres sobre sus espaldas, hemos dicho que nació Francisco Giner de los Ríos. Estudiante desde el regazo materno, de la mano de su madre, doña Bernarda, hermana del eminente Antonio de los Ríos Rosas, una rondeña que hablaba latín, una mujer verdaderamente ilustrada.

Luego, pasó a Cádiz, Barcelona y Granada donde completó los estudios universitarios de Derecho y Filosofía y Letras. En 1863 se encuentra en Madrid como funcionario del ministerio de Estado, ejerciendo de agregado diplomático, con la prestigiosa tarea de la ordenación y copia de la correspondencia de Felipe II. Y en 1866, con 27 años, gana con brillantez la cátedra de Filosofía del Derecho.

Sabido y resabido es el episodio de su rebeldía contra el ministro de Fomento, que había separado de las cátedras a los profesores Sanz del Río y Fernando de Castro, y de cómo su firme solidaridad lo va a poner en la misma circunstancia y alejamiento de la Universidad, unida, con griterío de la Prensa, a un destierro a Cádiz, destierro de sobra conocido, impopular y escandaloso.

Obviedad suma sería tratar de dar una imagen completa de lo que fue la Institución Libre de Enseñanza, en realidad, una empresa en la que, con el ejemplo e imagen de su fundador e inspirador, se forjaron unas inteligencias preclaras, pronto maestros en su generación, y en cuyo seno se desarrollaron, la Residencia de Estudiantes, crisol de la cultura de

su tiempo (por ella pasaron, entre otras celebridades, Einstein, Paul Valery, Joyce, Howard Carter, Obermaier, Duhamel, Chesterton, Darwin... y la crema de la intelectualidad española de la época: Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Ramón del Valle Inclán, García Lorca, Ortega y Gasset, Salvador de Madariaga, Luis de Zulueta, Rafael Alberti, Santiago Ramón y Cajal, Menendez Pidal, y un largo etcétera.

Habría que añadir a la lista de realizaciones, la Junta para la Ampliación de Estudios, que llevó al extranjero a las más preclaras inteligencias hispanas, el Instituto Central de Meteorología y, entre otros impulsos fecundos, la promoción de los primeros pasos de la Geología científica española.

Y además un fructífero Boletín –el hoy recuperado BILE- en el que han venido colaborando las más excelsas plumas del pensamiento en lengua española.

Como apéndice de la Junta de Ampliación de Estudios y dependiendo de ella se crearía en 1910 el Centro de Estudios Históricos con secciones de Filología, Arqueología, Arte, Derecho, Estudios Medievales, Historia, Filosofía e Instituciones árabes, Filosofía contemporánea, y Estudios hispanoamericanos.

Al frente de estas secciones estuvieron figuras de la talla de Claudio Sánchez Albornoz, Miguel Asín Palacios, Américo Castro, José Ortega y Gasset, Pedro Salinas, Rafael

Altamira, Menéndez Pidal, Gil Gaya, Dámaso Alonso, y Antonio Tovar, entre otros.

Pese a todo, Francisco Giner de los Ríos estaba enterrado en el olvido; hoy quiero aportar un dato bien expresivo y del que al menos yo no tengo constancia de que se haya divulgado ni comentado con exceso: resulta que uno de sus discípulos, José Pijoan, eminente historiador de arte, le dedica en 1955 su monumental Historia del Arte; pues bien, la dedicatoria, por evidentes razones de censura – o de auto censura --resulta de una sutileza increíble. Reza así: “In memoriam. Beati avi Francisci G. de los R.”

Sería pues tarea imposible, aun con la considerable lejanía ya de aquellos años de desarrollo ubérrimo de la Institución, intentar abarcar las innumerables facetas que formaban la personalidad de don Francisco, su obra y su herencia.

Los testimonios de los que le conocieron nos han dejado unas estampas vívidas de su actuación como maestro, como hombre, como sabio; también, siempre como discípulo, abierto plenamente a las lecciones de la vida y a las enseñanzas de los demás. No olvidemos su fórmula: “que el maestro sea a la vez maestro y discípulo.” Y – aclara Giner-- discípulo puede serlo en dos sentidos: de las cosas mismas, investigando por sí; de otros hombres, manteniendo constante comunicación con los de más elevado espíritu que le sea dado alcanzar, y recibiendo de ellos enseñanza, ya directa y, personalmente, ya por medio de lectura”

Y conocemos a Giner, porque a través de su obra lo hemos visto dando hermosas lecciones de filosofía y de derecho, pontificando dentro del objetivo prioritario de su vida: la pedagogía. Con el alumno, el alumno siempre, agigantado delante de sus afanes; lo hemos contemplado caminando España, sus campos, sus gentes, sus monumentos, casi con humildad de peregrino, con el ansia del buscador de saberes, inquiriéndolo todo con curiosidad socrática; lo hemos visto, en suma, colérico, casi despotricando, airado contra los desmanes de la política, y de la incompreensión.

Como muestra de su pensamiento sobre la cosa pública, sobre la sociedad, veamos lo que decía en uno de los discursos de apertura del curso en la Institución:

“La befa de los principios hija y madre de la ignorancia; el bajo nivel intelectual de casi todos nuestros hombres públicos; el desenfreno moral de una gente desarmada que corre tras los goces más ínfimos y bastos, únicos que comprende y en que cifra su desapoderada ambición; las dos clases extremas, las “altas” y la plebe (apartando excepciones), embrutecidas y enviciadas; las clases medias, secas, que no sé si es peor todavía...”

Y sigue don Francisco. “ Yo no sé que suerte (qué desgracia, diré más bien) nos está reservada al término de esta situación; sobre que los tiempos no están para andar de profeta.

Pero sí conviene recordar, cómo decadencias de esta clase, han solido terminar en la Historia por grandes despotismos sociales...”

En tales crisis, levantado sobre el servilismo de los más y la necesidad con que los menos imaginan curarse con mudar de dolencia, un hombre se erige amo y señor de todo un pueblo.”

Y termina así la profecía, porque sin duda profecía era: “Puede serlo un soldado, un político, un cualquiera. Los Césares no nacen; los fabrican, para nuestra vergüenza, el odio y el aprecio a la vana retórica y a la perversión moral interna, que rompe todos los resortes del Estado”.

También hemos sabido directamente de boca de sus mejores alumnos, -luego de los alumnos de sus alumnos-- de lo que constituía una norma simple de conducta: “cada día más radical y con la camisa más limpia”. A saber, radical, no en el sentido de cerrazón, de negación del progreso, de aferramientos dogmáticos; radical, sí, ante la aparición de la intransigencia, firme frente a las corruptelas, y firme ante los embates de las sinrazones; radical, en el mantenimiento a ultranza de unas normas de conducta, dentro de la mayor integridad, radical, en suma, en el cumplimiento del deber y de la razón... Y “cada día más limpio”: así era don Francisco Giner, cada día más limpio, por dentro y por fuera.

“Don Francisco –escribía Pijoan-- quería hacer hombres, no sabios o letrados ...o, lo que es peor, “medio-letrados”, que decía Santa Teresa. Y para ser hombres tenían que

conocer el mundo, y para conocer bien el mundo tenían que conocerlo todo, y para conocer el todo hay que conocer bien una de las partes...”

Así, pues, el maestro –continuaba Pijoan-- con su epicureísmo ultramoderno, procuraba acercarse a todos los que seriamente cultivaban una rama del saber, aun las que parecían más extrañas a su especialización, que era, como sabemos, la filosofía del derecho. Se le veía ávido de absorber y contagiaba su deseo a los discípulos. A menudo se le encontraba en íntimo coloquio, que era una “santa conversazione” para el Abuelo, con Boscá, el naturalista especializado en serpientes y víboras, o con Sorolla, el pintor, o con Ricardo Velázquez, el arquitecto, o un arabista como Codera, un médico como Madinaveitia o Simarro, etc.

También Antonio Machado, cuando Giner había ya partido definitivamente, para contemplar desde arriba, desde muy arriba, su Institución Libre, escribía con emoción: “Era don Francisco un hombre incapaz de mentir e incapaz de callar la verdad; pero su espíritu fino, delicado, no podía adoptar la forma tosca y violenta de la franqueza catalana, y derivaba necesariamente hacia la ironía, una ironía desconcertante y cáustica, con la cual no pretendía nunca herir o denigrar a su prójimo, sino mejorarle. Como todos los grandes andaluces, era don Francisco la viva antítesis del andaluz de pandereta, del

andaluz mueble, jactancioso, hiperbolizante y amigo de lo que brilla y de lo que truena.

Carecía de vanidades, pero no de orgullo; convencido de ser, desdeñaba el aparentar. Era sencillo, austero hasta la santidad, amigo de las proporciones justas y de las medidas cabales. Era un místico, pero no extático, sino laborioso y activo. Tenía el alma fundadora de Teresa de Avila y de Íñigo de Loyola, pero él se adueñaba de los espíritus por la libertad y por el amor. Toda la España, viva, joven y fecunda, acabó por agruparse en torno al imán invisible de aquel alma tan fuerte y tan pura.”

FRANCISCO GARRIDO.

